

**ANA TERESA
RODRÍGUEZ DE
RIERA**

**EL SABER MÁS ALLÁ DE LA INFORMACIÓN:
PRUEBAS, EVIDENCIAS Y TESTIMONIOS**

ANA TERESA RODRÍGUEZ DE RIERA

**anatr2020@gmail.com
@ArodriguAna**

**Profesora en la Escuela de Letras y
Educación: Física y Matemáticas
Coordinadora de Correcciones,**

Universidad Católica Andrés Bello

Marzo 2017



Comienzo con dos citas del mismo autor, la primera: “*Es un error capital teorizar antes de tener los datos. Inconscientemente uno comienza a torcer los hechos para que se acomoden a las teorías en vez de que las teorías se acomoden a los hechos*” (Conan-Doyle, 1953). Y la segunda: “No hay nada como la evidencia de primera mano” (Conan-Doyle, 1953a).



Arthur Conan-Doyle

En un manual de investigación académica para principiantes, los consejos citados al comienzo de esta exposición, tendrían más que sentido, pertinencia: la importancia de consultar y manejar la bibliografía antes de establecer los objetivos; el recurrir directamente a las fuentes originales... Lo curioso es que estas citas, mi querido auditorio, no provienen de un texto académico o fueron pronunciadas por un profesor universitario, su autor fue sir Arthur Conan-Doyle quien las puso en boca de su célebre personaje Sherlock Holmes.

Tal como he explicado durante años a mis alumnos de Técnicas de Investigación Bibliográfica y Literaria, el trabajo del investigador –ya sea en la academia o en la criminología– consiste, esencialmente, en la minuciosa recopilación de pruebas, evidencias y testimonios que respalden una teoría, una propuesta y que, finalmente, conduzcan hacia el cumplimiento de unos objetivos con el fin de establecer conceptos certeros. En sus aventuras, Sherlock Holmes escuchaba, observaba, razonaba... Ese proceso le permitía resolver sus casos. Un investigador académico puede y debe escuchar, observar y razonar pero, sobre todo, debe leer. Holmes reunía a los sospechosos, igual que lo hacía el detective Poirot y Mrs. Marple, en las novelas de Agatha Christie, a la hora de explicar a todos la solución del caso. El investigador académico escribe su ensayo, su artículo, su tesis. Y el legado de su investigación se somete finalmente al público general, desde el momento en que se transforma en texto impreso o digital: A su vez, al convertirse en investigadores, se toparán con los resultados de esa investigación. Este es un proceso indetenible que, al iniciarse su movimiento, no tiene límites en el espacio ni en el tiempo. Es una espiral en constante crecimiento.

La Biblioteca es génesis y objetivo del proceso de investigación. La Biblioteca se ubica al inicio de esa espiral de la que hablaba anteriormente. Y su presencia impulsa ese movimiento creciente y continuo en el que se convierte la investigación académica. La



Biblioteca hace que ese movimiento sea indetenible.

La historia del conocimiento corre paralela a la de la Biblioteca, el saber que se impone a pesar del celo medieval de la Iglesia que preservaba pero censuraba porque como opina el Abad, personaje de *El nombre de la rosa*: “*No todas las verdades son para todos los oídos, ni todas las mentiras pueden ser reconocidas como tales por cualquier alma piadosa*” (Eco, 1980). El conocimiento siempre rodeado de una mágica reverencia venció el secuestro religioso cuando la civilización seducida por un proceso de evolución y de progreso comenzó a erigirle templos a este saber encerrado en los libros. El respeto que se practicaba en estos templos exigía cuidados y reglas especiales que se vieron encabezadas por el silencio... “Silencio”... una palabra que, a través del tiempo pareció convertirse en sinónimo de la palabra “Biblioteca”.



Antigua Biblioteca de Alejandría, Egipto
Fuente: Elartedeescuchar.es

La contemporaneidad, la nueva modernidad reinventando espacios, estructuras y conductas, se ha lanzado a la conquista de lo virtual y ha cabalgado

sobre el recinto e incluso sobre los libros, ni qué decir sobre el reglamentario “silencio”. La ceremonia de acudir a una Biblioteca, el tiempo de espera hasta tener en nuestras manos el libro deseado y, finalmente, el encuentro con el honorable conocimiento acomodados frente a una mesa, sin emitir sonido alguno, se ha convertido en una forma arcaica de romance. Ahora, la Biblioteca no es el único lugar para disfrutar una cita con el saber, que puede llevarse a cabo en casa, a la hora que convenga o a través del teléfono o la tableta en un parque, en un café, o en algunos países, hasta en el metro.

La palabra Biblioteca identifica, incluso, a un dispositivo como el *Kindle*, de Amazon, cuyo fin exclusivo es el de almacenar cientos de libros digitales. No puedo dejar de imaginarme –como lectora y escritora de Ciencia Ficción, la expresión de Zenódoto de Éfeso, primer bibliotecario, o de Gutenberg, de Goethe o de Jorge Luis Borges al ver que en una cartera o en el bolsillo de un abrigo pueden estar a mi disposición instantánea 300, 500... 1.000 libros de una mi biblioteca personal cuyo contenido podría ser igual o mayor al de muchas bibliotecas municipales o escolares.

O qué diría un religioso y dedicado transcriptor medieval, celoso guardián de la biblioteca de su monasterio, al ver a una joven que armadas de maletas de madera se instala, la mañana de un domingo luminoso, en la plaza de un barrio humilde y convierte esas maletas en



estantes llenos de libros, haciendo de ese espacio público una biblioteca infantil itinerante.

La adquisición de conocimiento se desenvuelve, hoy en día, alejada de aquella exclusividad y sacralidad que la caracterizó por tantos siglos. Sabios y gurús del saber a quienes se debía acudir en busca de orientación para investigar han bajado de sus pedestales de “rockstar”, incluso los profesores van dejando atrás este calificativo para convertirse en facilitadores; los facilitadores de las instituciones educativas; porque los facilitadores de las Bibliotecas pueden y deben ser los bibliotecarios (Pérez Rodríguez y Milanés Guisado, 2008).

En la nueva educación, el maestro dejó de ser esencial en la ecuación que conecta al estudiante con la Biblioteca. Característico del sistema de enseñanza tradicional, alimentado por los libros de texto y los apuntes de clase, era el profesor que parecía desempeñarse como una especie de traductor del saber, frecuentemente poco actualizado. Este rol ha terminado por perder su sentido en un mundo que cambia, de un momento a otro, en una realidad que tiene el tamaño de las redes sociales a las que esté asociado el estudiante, cuya proyección hacia su entorno ha abandonado lo local para expandirse a lo global, e incluso hacia lo universal.

Todo profesor tiene la obligación de ser investigador so pena de quedarse uno, diez, cincuenta pasos atrás de sus alumnos. Porque, lo que era cuestión de

adquisición de conocimiento, ha ascendido al podio de la **INFORMACIÓN**, y esa nueva madre del saber no solo está en los libros, digitales o de papel, sino que su poder, su influencia es parte de la atmósfera que respiramos. Esa **INFORMACIÓN** –en letras mayúsculas– se ha transformado en el mayor reto que debe enfrentar la Biblioteca y, a mi modo de ver, ésta se le ha enfrentado con valentía, elegancia y fortaleza.

La Internet es la principal responsable de haber convertido, inadvertidamente, al estudiante en aprendiz de investigador, porque la **INFORMACIÓN** lo seduce. Entonces, el profesor debe aprovechar ese tema, esa hipótesis que despertó la inquietud en su alumno y potenciarlos motivando a ese nuevo investigador hacia la consulta en la Biblioteca. Siempre aconsejo a mis estudiantes que busquen primero en Internet –su medio natural–, esa primera llamada de atención a su interés que sirve para impulsarlos a buscar la forma de profundizar su conocimiento. Y el camino para sumergirse en ese tema que los ha atrapado los lleva a la Biblioteca; porque la idea es familiarizarlos con el placer de investigar para que, como Sherlock Holmes, encuentren soluciones a planteamientos o respaldos a la teorías; apoyos que, como testigos a su favor, enfrentarán el juicio de quienes lean su trabajo: la bibliografía es una lista de poderosos defensores que, como ellos, en otro momento acudieron una vez a la biblioteca en busca de las referencias que hoy les permiten ser testigos de la autenticidad y el valor de la obra de otros... y caemos, de nuevo en la simbólica espiral del conocimiento que



alimenta y recibe en su seno a quien, anteriormente ha alimentado. Fascinante para muchos de estos “pichones” de investigadores pensar que, eventualmente, sus obras, sus tesis estarán también en la Biblioteca.



Fuente: culturaeducativa.com

Sin embargo, y a pesar de la evolución de la biblioteca virtual, es inevitable dejarse tentar por la sensación de solemnidad que inspira la Biblioteca como recinto. La Biblioteca que “*contribuye a crear sensación de protección*” (Carriere y Eco, 2010). Y esa protección de la que habla Umberto Eco la generan los libros. Entonces vale la pena pensar en el recinto como consecuencia de esa evolución de “*la Biblioteca ilimitada y periódica*” de

Borges (1974) que, como en un sueño o en un libro de ficción, no solo ha trascendido hacia la realidad virtual sino que ha sido capaz de traspasar su encierro y su oscuridad ancestral, invitando al lector, incluso, a interactuar con el paisaje a través de amplios ventanales, y ofrece anaqueles abiertos que permiten el libre acceso de los usuarios que, de vez en cuando, son sorprendidos por algún texto inesperado y desconocido, junto a al libro que se buscaba originalmente... son las alegrías del académico-arqueólogo, que también suele ser una condición que acompaña al investigador.

Y en ese generar y recibir conocimiento, la Biblioteca, versátil e innovadora, es capaz de impulsarse como promotora del saber produciendo información; porque el laberinto que, en *El nombre de la rosa* define el Abad como “*la biblioteca [que] se defiende sola, insondable como la verdad que en ella habita, engañosa como la mentira que custodia. Laberinto espiritual y también laberinto terrenal*” (Eco, 1980: 31), ha derribado los muros del ocultismo, los límites de la censura y cubre espacios más allá de lo que dictaba su convencional y sagrada condición.

La Biblioteca, personaje, incluso, de algunos de los libros que alberga, la “divina Biblioteca” de la que hablaba Borges, sigue gozando de la misma magia como recinto, como Biblioteca itinerante, como dispositivo de contenido digital, como centro cultural... es capaz de remozarse para ser siempre nueva y adaptarse a los investigadores de todos los tiempos aunque los actuales se



parezcan más a Sherlock Holmes que a los clásicos académicos.

REFERENCIAS

La Biblioteca ideal desde el punto de vista de nuestros investigadores (2013). Canal Blog. Blog de la Biblioteca y Archivo de la Universidad Autónoma de Madrid. En línea. Disponible en: <http://www.canalbiblos.blogspot.com>. (Consultado: 25/10/2016)

La Biblioteca universitaria del futuro: reflexiones. Universidad de La Salle. <http://www.lasalle.edu.com> (Consultado: 26/10/2016)

Borges, Jorge Luis (1974). Obras completas. Buenos Aires: Emecé Editores, p. 471.

Carriere, J. C. y Eco, U. (2010) Nadie acabará con los libros. Entrevistas realizadas por Jean-Philippe de Tonnac. Caracas: Lumen Ensayo, p 247.

Conan-Doyle, A. (1953). It is a capital mistake to theorize before one has data. Insensibly one begins to twist facts to suit theories, instead of theories to suit facts. En: Obras Completas I. Barcelona. Aguilar p. 10. La traducción es propia del texto original.

Conan-Doyle, A. (1953^a). There is nothing like first-hand evidence. En: Obras Completas I. Barcelona. Aguilar. Traducción propia del texto original.

Eco, Umberto (1980). El nombre de la rosa. México. Lumen. En línea. Disponible

Pérez Rodríguez, Yudit, y Milanés Guisado, Yusnelkis. (2008). La biblioteca universitaria: reflexiones desde una perspectiva actual. ACIMED, 18(3) En línea. Disponible en: http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1024-94352008000900004&lng=es&tIlg=es.

<https://cambiouniversitario.wordpress.com/>

Cambio Universitario.
Universidad Central de Venezuela